



Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama
Compiladoras



Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Directora de la Facultad de Psicología: María Paula Valderrama López

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Revisión editorial: Mariaclara Olaya

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Diana Patricia Carmona Hernández

Fotos portada: Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Del malestar social a la política: subjetividad y psicoanálisis

Carmen Gallano
cgallano@lar.e.telefonica.net

Psicoanalista y psiquiatra. Ha trabajado en centros de salud mental en España y Francia. Formada como psicoanalista en la Escuela de Lacan en París. Analista Miembro (AME) de la EPFCL (Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano).

Miembro del Foro Psicoanalítico de Madrid. Docente del Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

La mayoría de la gente piensa que el psicoanálisis no tiene nada que ver con la política. A esa idea han contribuido, sin saberlo, los psicoanalistas mismos que, al quedar inmersos en el mercado de las terapias, ya no se distinguen hoy de los psicólogos. Causa de ello es la mercantilización de la vulnerabilidad humana y la ideología de la autosuficiencia impuesta que hacen entrar la subjetividad de la gente en el mercado de la “optimización de recursos”. Así, casi nadie llega a nuestras consultas con la idea de psicoanalizarse, como ocurría antes, ni cree en el inconsciente; los sujetos vienen esperando ansiosos una ayuda terapéutica lo más rápida y menos costosa posible. Lógico. En la opinión pública se ignora que el psicoanálisis no es una terapéutica como las demás.

Sin embargo, los grandes maestros del psicoanálisis, Freud y Lacan lo hicieron operativo como experiencia del saber de la verdad inconsciente, particular a cada sujeto. Esa experiencia de elaboración del saber inconsciente tiene efectos en la rectificación de la ética del sujeto en el deseo. Promueve una ética que es siempre disidente de los imperativos del poder dominante en lo social.

Freud, en primer lugar, analizó las exigencias colectivas de la civilización de su época en ese lúcido texto que es “El malestar en la cultura”. Desvelando las claves del discurso del Amo de su época, sacó a la luz el conflicto estructural en ese discurso entre los intereses individuales y los intereses colectivos por el ajuste precario, si no imposible, entre nuestras pulsiones inconscientes y las exigencias culturales. Atisbando el giro del discurso del poder con la ciencia tecnológica que aceleraba el discurso capitalista, denunció la pretensión de hacer de los individuos “dioses con prótesis”. Demostrando qué tan humano es hacer entrar las pulsiones al servicio del *Eros* (del amor y la cooperación) como del *Tanathos* (de la destrucción y el sadismo), suscitó el rechazo de las almas bien-pensantes que nada querían saber de cómo anidan en la condición humana los males que devastan la historia de los pueblos y los desunen.

En su pesimismo, comprensible con el auge del nazismo, no renunció, sin embargo, a la apuesta ética del psicoanálisis, definida por él como liberación de las trabas que el superyó impone al deseo. El superyó es el tiránico juez interior que se impone al sujeto y genera más sacrificios cuanto más el sujeto renuncia a gozar de sus pulsiones. Atormenta al virtuoso más que al vicioso, es su faz sadiana.

Asimismo, Freud entendió las neurosis como estéril lucha interior y exterior contra los sacrificios impuestos, un gasto de sus pulsiones en el goce sufriente de los síntomas, por querer adaptarse a las normas sociales y, al tiempo, lo contrario: mantener una singularidad de su deseo. Diría que vio al neurótico como un arlequín servidor de dos amos sin satisfacer a ninguno, servidor fallido de los ideales sociales imperantes, dividido por estar atado a sus pulsiones inconscientes.

La ética del psicoanálisis, en la perspectiva freudiana, es la que libera al neurótico de sus servidumbres internas y externas, libera su energía libidinal, su deseo en el trabajo y el amor para contribuir con los otros a mejorar la suerte humana, sus condiciones de vida. Así, la curación de las neurosis tendría incidencia social y, por ende, política.

Jacques Lacan, quien entró en el psicoanálisis durante la Segunda Guerra Mundial, fue más explícito al conminar a los psicoanalistas, ya en el 53: “que renuncie aquel que no pueda alcanzar en su horizonte la subjetividad de su época”¹. Y precisó que ello ha de darse en una dialéctica con los otros; es un planteamiento del psicoanálisis como lo más ajeno al individualismo, contrariamente a lo que las izquierdas han divulgado por ignorancia: especialmente de lo que entonces definía Lacan como fin de un psicoanálisis, llevar la satisfacción de cada uno a la satisfacción de aquellos con los que se asocia en una obra humana. ¿Es utopía? Ha de verificarse, pero hace que la política de lo común encuentre germen también en la ética del psicoanálisis.

El aporte de Lacan a la intersección entre el psicoanálisis y la política se hizo menos utópico cuando esclareció la estructura del sujeto y, sobre todo, al despejar la lógica de la economía del goce que habita al ser hablante en cuerpo, mente y afectos. Lacan demostró que no hay sujeto sin Otro, que el individuo no es autosuficiente, que la subjetividad se forja en el baño discursivo, que no hay deseo que viva sino en el deseo del Otro, y que el goce pasa tanto por las palabras como por los cuerpos, dejando siempre un resto inasible al lenguaje, un resto indecible que anida en lo que palpita de libido en los lazos afectivos y en la vida sexual.

1 Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I* (México: Siglo XXI Editores, 1971), 138.

Lacan asistió al auge del discurso capitalista y desde los años 70 diagnosticó sus consecuencias en la subjetividad del ser hablante. Desveló que el discurso capitalista no genera conflicto entre el individuo y la colectividad, ya que es una lógica que los superpone en la agregación de intereses individualistas, sino que disocia al sujeto del inconsciente en su singularidad del sistema que apunta a homogeneizar a los individuos.

Así, con Lacan entendemos la doble condición de la subjetividad y sus malestares, y lo que siempre del corazón del ser hablante escapará al sistema. Por un lado, lo que podemos llamar propiamente subjetividad, la inducida por el discurso dominante, con el que hay que darse, guste o no, un lugar en el mundo. Esa subjetividad difiere en cada época y, como baño de lenguaje, incide en el inconsciente. El inconsciente, en su parte de aluvión significante, de saber de la lengua, no es ahistórico, difiere en cada cultura, injerta el humus humano en la historia de un pueblo. Por otro lado, en la subjetividad habita el sujeto de un inconsciente, que es intangible, más allá de los efectos de sentido del lenguaje. Es el sujeto como verdad íntima e indestructible de lo que de la subjetividad no es apropiable en lo común. Es lo que hace que nadie pueda vivir la vida de otro. Es donde reside lo irredento del sujeto, su libertad y capacidad emancipatoria. El malestar subjetivo se expresa en los síntomas disidentes del discurso imperante, en lo que no marcha en lo social. Los síntomas resultan de las huellas traumáticas que se mezclan con las placenteras en la particular historia de un sujeto, en la constelación determinante de su familia de origen. En ellos reside la respuesta fallida del sujeto a lo que le viene del Otro en su historia.

Lacan analizó la imbricación en la clínica de lo imposible de soportar para cada cual y las mutaciones del discurso social y del poder político por el dominio de la tecnociencia en el capitalismo hasta diagnosticar, tras mayo del 68, "la sumersión capitalista universal". No es otra cosa lo que plantean Laval y Dardot en su último libro *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*: "El encierro disciplinario en el marco de una competencia universalizada es la principal palanca de la mutación de las sociedades y los Estados, para mayor provecho de una oligarquía muy reducida en número, pero extremadamente

poderosa, que consigue drenar en su favor exclusivamente las ganancias producto de la competencia².

Lacan percibió las consecuencias en la subjetividad contemporánea de la rueda que gira en circuito cerrado del capitalismo al no inscribirse en él lo real como imposibilidad. Que nada es imposible para su persistencia en el discurso capitalista lo prueban las crisis en las que cobra un nuevo impulso de su avidez. Desde los años 70, leyendo a Freud con Marx, teorizó cómo el discurso capitalista destruye el lazo social y precariza las identidades subjetivas en una lógica en la que lo individual y lo colectivo se redoblan sin conflicto, pues la astucia del discurso capitalista consiste en colonizar la libido del deseo humano con los intereses de rentabilidad del sistema. La vía exitosa del capitalismo es la de generar una mutación de la subjetividad a base de concentrar en objetos fabricados en serie la promesa de una satisfacción.

Lo que Lacan aportó al análisis marxista de la plusvalía es verlo operar en el inconsciente de los sujetos como un nuevo superyó, nuevo, pues ya no funciona con prohibiciones sino como imperativo de goce. El deseo se rebaja al ansia de objetos en la sed de la falta en gozar. La plusvalía, causa del deseo capitalista, deviene mercantilización a la que no escapa nada de las vidas humanas, incluso su fragilidad. En esa mercantilización se fractura el lazo del deseo del sujeto con el deseo del Otro y ese deseo, conectado solo a objetos, es fuente permanente de insatisfacción, única manera de relanzarlo.

La configuración neoliberal de lo humano, cuyo auge no pudo ser sino atisbado por Lacan, ya que murió en el 81, aparta de su programa al sexo, promoviendo el unisex del goce fálico del poder y del tener. Y al dejar a los sujetos sin brújula simbólica para orientar un lazo social, excluye los lazos de amor y de amistad que se nutren de compartir con los otros la verdad de nuestro ser en falta. En el cacareado “emprendedor de sí mismo”, el sujeto exitoso neoliberal se mantiene como depredador de los otros. Es gente que da miedo cuando avanza sin miramientos, solo a lo suyo, cínicamente, en atroz

2 Christian Laval y Pierre Dardot, *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (Barcelona: Editorial Gedisa, 2015), 651.

narcisismo, indiferente a las corrupciones con las que se enriquece y a las estrategias de poder con las que aplasta a los que se cruzan en su camino. La gente que no se adhiere plenamente a ese cinismo de corrupción se corroe al comprobar que su “yo” no alcanza el éxito anhelado del ganador.

En los años 90 pareciera que la mayoría de la gente viviera bien en ese sistema, adhiriendo a ese sistema neoliberal rampante. Pero en el 2008 estalló la crisis y en el 2011, de manera asombrosa, se produjo el acontecimiento del 15 M³ y clamábamos en las plazas “dormíamos, despertamos”, “no somos mercancías en manos de políticos y banqueros”. Justamente porque al despertar descubríamos que a eso nos veíamos reducidos, a ser mercancías negociables, rentables o desechables. “Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir”, era lema común, a la vista de que no solo se nos empobrecía material sino subjetivamente, privándonos de nuestro ser deseante, de los anhelos de nuestra dignidad humana.

Es que lo nuevo y lo cruel del neoliberalismo europeo “austericida” no es que produzca más pobres. La derecha lleva a la gente a encogerse de hombros resignada con la idea de que pobres siempre los ha habido y que si hay más es por la crisis económica que obligaría a renunciar a las ganancias del “estado de bienestar” de una sociedad que si ha dejado de ser próspera es por “accidentes” de la economía de los que los poderes políticos no serían responsables.

Esa mentira, que caló un tiempo en las poblaciones, se desvela en la clínica psicoanalítica, al igual que economistas y sociólogos lúcidos denuncian que el asunto no es que haya más pobres, sino que con los desmanes financieros y la corrupción que le son inherentes, sus agentes han de extraer plusvalía de la pérdida de la mayoría social para seguir ganando dinero sin pausa. Lo nuevo, en el desregulado capitalismo financiero que funciona solo con especulación, es que el más de unos pocos se fabrica hoy, no con ganancias obtenidas de una economía productiva industrial, sino a base de expoliar con un menos a la gente. Yanis Varoufakis explica muy bien en *El minotauro*

3 Movimiento ciudadano formado a partir de la manifestación que tuvo lugar en España el 15 de mayo de 2011, también conocido como el movimiento de los indignados, que motivó varias protestas pacíficas con la intención de promover una democracia más participativa.

global... cómo la crisis de 2008 resultó del colapso en la regulación de excedentes, de los excesos de ganancias y no por un déficit, de un desequilibrio de los mercados entre el más de la plusvalía en un lado del planeta financiero que siempre se alimenta de las pérdidas en otro.

Con Lacan, en su preciada orientación a nuestra clínica para el tratamiento del malestar de los sujetos, entendemos que la lógica que rige hoy las crecientes patologías humanas es la misma: el sujeto atrapado en la competitividad neoliberal, en el circuito diabólico de rendimiento/goce, de rendir trabajando y gozar consumiendo, está entregado a un exceso desregulado que se llama vulgarmente “estrés”. Dicho en términos lacanianos, que con sus excesos aumentan en los sujetos sus pérdidas, pues la sed de la falta en gozar crece con los *plus* de gozar mercantiles, equivalentes en la economía de la libido humana de la plusvalía en la economía general. En las consultas, los sujetos lo muestran al hablar de su *estrés*, por entregarse a un “de más” sin aceptar límites, a un de más trabajando sin beneficio de estatus social y a un de más consumiendo sin satisfacción. Diciéndolo simple, es el malestar de currar⁴ para consumir y de consumirse currando a bajo precio. Es, en suma, la vida *low cost*.

El malestar subjetivo llega a nuestras consultas nombrado, generalmente, como “ansiedad”. ¿Qué es esa ansiedad? No está subjetivada como angustia, es un estado corporal de desasosiego, tensión, irritabilidad con dificultad para calmar la mente en un torbellino incesante de ideas sobre cómo alcanzar los objetivos en los que el superyó interior se hace portador de la exigencia exterior de la empresa de la que el sujeto es siervo. El esfuerzo mental, el desgaste corporal, la presión de exigirse más y más para satisfacer las demandas exteriores de la empresa, de la familia o del entorno social son fuente de ansiedad. Es un ansia que desborda la homeostasis del cuerpo, produciendo un sinfín de somatizaciones, y que excede la capacidad mental, produciendo inseguridad, miedos, y al final impotencia, la de no poder con la propia vida.

Estudios sobre el estado de la salud mental de los ciudadanos afectados por la crisis revelan en sus estadísticas que lo que más desmorona la salud psíquica es “la pérdida del control de la propia vida”.

4 Trabajar, laburar.

Pérdida radical en los desempleados, los desahuciados de vivienda, los mayores con pensión reducida, los jóvenes sin futuro. Pero los golpes infligidos a tanta gente no son solo los materiales, sino también la pérdida de derechos sociales, pues en nuestras consultas asistimos a lo golpeado en la dignidad subjetiva y en el ánimo deseante. Los sujetos se confrontan a la irrupción de un real traumático, a lo inasimilable de que se haga añicos la proyección de futuro de su vida, las aspiraciones de sus sueños de deseo. Es lo que en el psicoanálisis lacaniano llamamos la ruptura de la trama fantasmática, que no es mera ilusión imaginaria sino necesaria ficción que construye una versión de la valía del ser en el deseo del Otro. En definitiva, en la pérdida del control de la propia vida, cuando el sujeto puede hablar de esa experiencia traumática, subjetiva el afecto que no engaña de la angustia, la angustia de reducirse a ser un cuerpo, en la inminencia de no ser nada para el Otro, o un desecho expulsado del Otro.

He esbozado hasta aquí lo que el psicoanálisis aporta para entender las causas del malestar social y subjetivo. Ahora bien, ¿puede el psicoanálisis dar alguna luz sobre cómo llegar desde el malestar a la política? La cuestión es más difícil. Pues no hay ningún camino directo, ningún atajo que valga.

En el epígrafe de su gran obra “La interpretación de los sueños”, Freud, citando a Virgilio, escribió “*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*”: “Si no puedo inclinar a los poderes superiores, moveré las regiones infernales”. Los psicoanalistas, ciertamente, no alcanzamos ningún cielo y en nuestra práctica cotidiana, tocando tierra, hemos de descender a los infiernos en los que penan los sujetos sufrientes. Ahora bien, no por sufrir mucho se subjetiva que lo real que nos afflige no es ajeno a nuestra maltrecha condición social. Lo real, que no se inscribe como imposibilidad y límite en el discurso capitalista, retorna cayendo sobre la población en lo que no es excesivo llamar con los sociólogos “genocidio social”. Pues los infiernos del padecimiento subjetivo resultan del fracaso en responder al atentado a la identidad social y al desasosiego ansioso de la inminencia de perder la sustentación en el mundo, no solo el sustento material.

Importa subrayar, con Lacan, que lo real traumático, esos estallidos de infierno que irrumpen en la tierra, no causa deseo sino horror. Y el daño infligido a los sujetos puede ser tal que no haya alivio a su dolor: horror, dolor, angustia, pánico... son afectos que

no se transforman en deseos que activen respuestas efectivas en los sujetos, sino que los paralizan en la impotencia.

Al atender a los sujetos sufrientes, comprobamos la parte del inconsciente que determina la estructura clínica que organiza las respuestas fallidas del sujeto frente a su situación, y la particularidad de sus síntomas neuróticos, en los que la verdad que no logran subjetivar se anuda. Así, asistimos a las trabas de las neurosis a la hora de despertarse a la verdad que puede llevar al deseo de cambio político.

Los neuróticos, si son histéricos, son expertos en denunciar la verdad de lo que falla en el Otro, en quejarse de ser víctima del Otro, pero gustan de quedarse en verse como almas bellas, en ese lamento victimista o en la reivindicación ciega de que el Otro cambie según su deseo. Imposible. Y de la verdad propia, de lo que en ellos falla o es nocivo exceso, poco quieren saber. Los obsesivos, atormentados por no cumplir la imagen exitosa de su yo ideal, no son tanto hoy pensadores de un saber, sino sujetos atrapados en rivalidades, con estallidos agresivos tan infernales como inopinados y pánicos irracionales. Dan testimonio del infierno del superyó atormentador, siendo ellos ora maltratadores, ora culpables inhibidos. Todo inútil para el deseo y el amor.

En ambas neurosis, no encontrando cómo saber qué les aflige en verdad por estar disfrazado en somatizaciones o desplazado en síntomas mentales desconectados de sus vidas actuales, los sujetos ignoran la particularidad de sus síntomas al no subjetivarlos como lo que falla en ellos, y caen en ese estado *a-subjetivo* de ansiedad y estrés con el que se presentan tan excitados como abrumados. El “de más”, el “plus” que genera ese estado de ansiedad se torna incontrolable cual alien que empuja a la inflación del yo, con su corolario de deflación al agotarse en esa alienación: las caídas depresivas frecuentes en el ansioso son índice de las averías del deseo al perder la brújula de la verdad particular que late en el inconsciente.

En la clínica actual, asistimos al empobrecimiento de la subjetividad de un régimen que no da cabida a pensar y compartir la experiencia vivida. Ya lo atisbó Walter Benjamin al hablar de la pérdida de la facultad de vivir y transmitir experiencias por los *shocks* modernos. Ese empobrecimiento de la subjetivación está compensado, a la vez que provocado, por el empuje a vivir conectados a aparatos tecnológicos que taponan el vacío subjetivo. Es un recurso, a la vez

que un obstáculo. No hay más que ver a la gente en el metro, cada cual enchufado a su móvil sin siquiera mirarse; o a los jóvenes con sus ordenadores sin salir al mundo real.

Ese empobrecimiento de la subjetivación lleva a que muchas palabras ha de proferir el psicoanalista para que el ansioso y el deprimido encuentren las suyas y empiecen a descubrir, poniéndolo en palabras, a qué situaciones inasimilables está ligado su malestar. Hará falta un poco de tiempo, tiempo en el que no se dan las terapias que imperan, para que la subjetivación de la experiencia se produzca en un decir sin trabas, viendo lo fructífero de pensar lo que disgusta, lo que molesta a los otros, lo que guste.

La experiencia psicoanalítica es una praxis de subjetivación de la verdad en un saber decible y elaborable. Por eso no concuerdo con Manuel Castells, tan enemigo del psicoanálisis como amigo de los deseosos del cambio político bajo la suposición de que las luchas políticas se resuelven en la medida en que se reducen las emociones humanas. No, las emociones en sí no generan ese cambio de mentalidad que él propugna para el éxito de los movimientos sociales en red, ni las redes sociales de Internet obran por sí solas ese milagro. El cambio de mentalidad se produce en un cambio de discurso, pero de un discurso habitado en sus intervalos por un deseo esclarecido, para lo que hay que desprenderse de las trabas neuróticas que lo oscurecen. Tampoco concuerdo con el filósofo de moda, Byung-Chul Han⁵ que solo ve al individuo como zombi sometido enteramente a la ideología neoliberal, pues a este autor se le escapa la parte inconsciente disidente del sujeto en los síntomas que padece: corroído en carrera narcisista hacia la nada, verdugo de sí mismo al no asumir que el Otro es la raíz de nuestras esperanzas. Sombrío pronóstico que ignora cuánto el otro es también a raíz de nuestros dramas subjetivos.

No caigamos, sin embargo, en la ilusión de que basta con ser conscientes de que los males que nos afligen tienen causa política para desear el cambio político. Nada en la historia de la humanidad lo demuestra, y de ahí el pesimismo freudiano. Lacan criticó, no sin ironía, al “hombre nuevo” de la revolución comunista soñada, comenzando por desvelar el error marxista de creer en una posible redistribución de la plusvalía. La idea, por ejemplo, de Antonio Ne-

5 Byung-Chul Han. *La agonía del Eros* (Barcelona: Herder editorial, 2015).

gri, de la feliz conjunción de una multitud de singularidades, no se puede anticipar, ya que solo se muestra en la contingencia de un acontecimiento –como fue el 15 M– y sus efectos son transitorios. Y aunque hermosa, suele ser efímera “la espontánea creatividad de la gente”, que solo se prodiga en los dotados de talento artístico.

Entonces, ¿dónde estarían las buenas noticias del psicoanálisis para la política, las que aportan alguna idea para subjetivar lo común? No habrá política de lo común sin que se expanda un discurso que indique cómo construirlo en un proceso, y sin que ese discurso porte un deseo que seduzca a otros con esperanza. El psicoanálisis enseña que sin el discurso del Otro no hay saber de la verdad y sin el deseo del Otro no hay vida del propio, por lo que es responsabilidad de cada cual generarlo tomando en cuenta esa lógica de la alteridad necesaria y que nadie solo por sí mismo puede encontrar causa a su deseo.

Ese discurso ha de comenzar por dar cabida a la angustia, afecto que no engaña de lo real, y que es el único que puede suscitar la cuestión del deseo como deseo del Otro. Y ha de combatir lo que podemos llamar en el psicoanálisis los afectos del “superyó capitalista”, especialmente la vergüenza, el sentimiento de culpa y la impotencia. Son los mortales enemigos que acechan en la intimidad subjetiva los que cuesta confesar y los que resuelve un tratamiento psicoanalítico. La vergüenza es verse vistos en una mancha en la imagen o en el ser, en la mirada del Otro. Verse desde el Otro como estrellado por la crisis, nueva manera de verse en un ser infamado, estrella amarilla ahora que no se exhibe en las solapas. El resentimiento es comprensible en quien no puede dejar de corroerse en la verdad de sus daños sufridos, en desamparada soledad, por la ausencia de otro que sepa y reconozca el mal que ha infligido. Es índice de lo insostenible de la inexistencia de ese Otro que reconozca nuestra verdad, por eso el resentimiento eterniza el sufrimiento.

Bibliografía

- Castells, Manuel. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- Han, Byun-Chul. *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder Editorial, 2015.

- Lacan, Jacques. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”.
En *Escritos I*, 231-310. México: Siglo XXI Editores, 1971.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre. *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2015.
- Varoufakis, Yanis. *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*. Madrid: Capitán Swing, 2012.